HARLEQUIN™

Bianca™



Perlas de pasión

Lee Wilkinson

Perlas de pasión

Lee Wilkinson

Bianca™
HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Lee Wilkinson. Todos los derechos reservados.
PERLAS DE PASIÓN, Nº 1827 - mayo 2011
Título original: The Padova Pearls
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-900-0347-3
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

LA TARDE de junio era húmeda y nublada. Sophia Jordan corría hacia su casa, en la planta baja de Roleston Square, Belgravia, el piso que había compartido con su difunto padre, Peter. Llevaba una bolsa de plástico en la mano y un impermeable sujeto alrededor de su fina cintura.

La imagen del piso vacío todavía la llenaba de tristeza, pues, aunque su padre había estado muy enfermo durante el último año, su muerte había sido repentina e inesperada, y se sentía sola.

La anciana señora Caldwell, la viuda propietaria del edificio de Roleston Square, ocupaba, junto a su sobrina, Eva, el piso al otro lado del pasillo, y era muy comprensiva y amable con ella.

Aquella misma mañana, cuando Sophia había llamado a su puerta por si necesitaba algo de compra, la anciana de pelo gris, y encorvada por la artritis, había insistido en que cenaran juntas.

–Aunque me temo que, con Eva haciendo ese curso, tendrás que guisar tú –había añadido la anciana–. Si no te importa.

–Claro que no me importa. ¿Le apetece que prepare algo especial?

–¿Sería mucha molestia que prepararas una paella?

–Ninguna –había contestado Sophia mientras acariciaba al gato que se frotaba contra ella.

–¡Estupendo! –había dicho la anciana, entusiasmada–. No había vuelto a tomar paella desde que Arthur

me llevó a España de vacaciones. A Eva no le gustan los arroces.

–Haré la compra esta tarde de vuelta a casa y me pasaré en cuanto me haya cambiado.

–Yo me encargo de poner la mesa –había prometido la señora Caldwell y, mientras le entregaba a Sophia algo de dinero y la lista, continuó–: Será estupendo disfrutar de tu compañía y de una comida recién hecha.

–¿Por qué no te marchas media hora antes? –sugirió David Renton, marchante de arte internacional, y dueño de A Volonté, la prestigiosa galería donde ella trabajaba, al escuchar los planes de Sophia para aquella noche–. Joanna se ocupará, y tú ya le has dedicado mucho tiempo extra a la exposición de tu padre.

Peter Jordan había sido un pintor amateur de gran talento.

–Su trabajo es brillante –había afirmado su viejo amigo, David, tras su muerte–. Es una lástima que fuera demasiado modesto para permitirme exhibir su obra. Intenté persuadirle. Le dije que sus lienzos podrían inspirar a otros pintores noveles, pero él no aceptó.

–Yo creí que empezaba a pensar como tú –había dicho ella–. Habló de ello poco antes de morir.

–¿Y por qué no montamos una exposición con su obra, a modo de homenaje? Si incluimos sus miniaturas, habrá suficientes para llenar la balconada.

A Sophia le había gustado la idea y reunió todas las obras de su padre, salvo el lienzo que colgaba de su propio dormitorio.

Se trataba del retrato de un atractivo joven de piel clara y ojos oscuros. Tenía una boca, mezcla de ascetismo y de sensualidad, que siempre la había impresionado. Desde niña, el retrato la había fascinado y, de

adolescente, había tejido extravagantes sueños románticos a su alrededor.

Sabiendo lo mucho que le gustaba, su padre se lo había regalado al cumplir dieciséis años.

Su padre disfrutaba por el mero hecho de pintar y, a menudo, el retrato era regalado al modelo que había posado para él, por lo que no quedaban muchas obras, tras toda una vida de trabajo.

Sophia había dedicado largas horas a colgar los cuadros, editar catálogos y organizar la publicidad. La exposición monográfica ya estaba lista para inaugurarse a la mañana siguiente.

De modo que había aceptado el amable ofrecimiento de David, y abandonado la galería a las seis y media para hacer las compras necesarias en la tienda del barrio.

Era viernes por la noche y la tienda estaba abarrotada. Cuando al fin logró abrirse camino hasta la caja, se le había hecho una carrera en una media y su espesa mata de pelo estaba despeinada. Al salir de la tienda descubrió que empezaba a lloviznar.

Resignada, levantó el cuello del impermeable y metió sus cabellos dentro lo mejor que pudo.

Poco después, se dio cuenta amargamente que habría sido mejor meter la compra en dos bolsas.

Al cambiar la bolsa de mano por enésima vez, una de las asas cedió y la bolsa cayó, derramando el contenido a los pies de un hombre alto de pelo rubio que caminaba unos pasos detrás de ella.

El resto de los peatones se apartó y prosiguió su camino, pero el extraño, elegantemente vestido, se paró y empezó a recoger los artículos, y a meterlos en la bolsa.

–Menos mal que no había huevos –rió él mientras terminaba de recogerlo todo.

Su voz era agradable, con un ligero y fascinante acento que ella no logró descifrar.

Se puso en pie mientras sujetaba firmemente la bolsa de plástico, haciendo que el metro setenta y tres de ella pareciera ridículo.

Ella contempló su atractivo rostro y, de repente, sintió una sacudida de familiaridad y sorpresa.

Mientras su cerebro insistía en que no podía ser *él*, su corazón y sus ojos le confirmaban que sí.

Aunque no veía bien el color de sus ojos, los marcados rasgos, la preciosa y ascética boca con su perfecto labio superior y el sensual labio inferior, la barbilla partida y la mandíbula cuadrada, era absolutamente familiar para ella.

Sophia estaba encantada y maravillada, como si, inconscientemente, le hubiera estado esperando, como si estuviera predestinado.

–Me temo –él continuó hablando–, que la bolsa empieza a desgarrarse. ¿Vive muy lejos?

–No, no muy lejos –ella seguía aturdida–. Un poco más abajo, por Roleston Road.

–Entonces lo mejor será que me guíe –dijo él mientras sujetaba mejor la bolsa.

–Gracias, pero no quiero que se desvíe de su camino –dijo ella mientras esperaba agónicamente su respuesta. Si él le entregaba la bolsa y se marchaba, jamás volvería a verlo.

Pero, para su inmenso alivio, él no lo hizo.

–Pues casualmente –dijo él con una sonrisa–, voy en esa dirección.

La emoción de verlo, aunque era imposible que fuera él, y el encanto de esa sonrisa blanca hizo que el corazón de ella se echara a volar, y que olvidara, momentáneamente, la tristeza que le acompañaba constantemente las últimas semanas.

–¿Seguro que no es molestia? –preguntó ella sin aliento tras unos segundos.

–Seguro.

Ella le devolvió la sonrisa con la sensación de haber vivido un momento especial y mientras intentaba contener la excitación, tan inusual en ella, que sentía.

–¿De modo que vive en Roleston Road? –preguntó el extraño.

–En Roleston Square. En un piso de una vieja casa georgiana con vistas a los jardines de la plaza.

–¿Vive sola? –él arqueó una ceja.

–Ahora sí.

–Es muy joven para vivir sola.

–No tanto.

–Parece que tiene dieciséis –él contempló el encantador rostro de Sophia, con su piel inmaculada, los ojos almendrados, la pequeña y recta nariz, y los generosos labios. Del cuello del impermeable escapaban unos mechones rizados de pelo oscuro.

–Tengo veinticinco.

–Veinticinco –repitió él, fascinado, antes de insistir–. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo sola?

–Desde que mi padre murió, hace unos meses –contestó ella con voz temblorosa.

–¿Fue algo inesperado? –él captó la tristeza en su voz.

–En cierto modo. Llevaba enfermo mucho tiempo, pero al final todo se precipitó –Sophia sintió aflorar las lágrimas, pero consiguió reprimirlas.

–¿Y su madre? –insistió él con delicadeza.

–Ella murió cuando yo tenía siete años.

–¿Algún hermano o hermana?

–No. Yo era hija única.

–Su padre no podía ser muy mayor –él frunció el ceño.

–Papá tenía sesenta y dos años –ella negó con la cabeza–. No se casó hasta los treinta y seis.

–¿Y no se volvió a casar tras la muerte de su madre? –preguntó él.

–No –ella volvió a negar con la cabeza–, y nunca lo entendí. Era atractivo y tenía talento, amable y atento, una persona encantadora con un maravilloso sentido del humor…

–¿Para qué tenía talento?

–Era pintor –Sophia sonrió ante el recuerdo de su padre.

–¿Se dedicaba a ello?

–No. Era diplomático. La pintura era su afición, pero, tras retirarse del servicio diplomático, después del accidente, se dedicó más a ella.

–¿Paisajes?

–Algunos, pero sobre todo retratos. Pintó uno que se parece mucho a usted.

Él la miró, sorprendido, y ella, avergonzada, se preguntó por qué se le había ocurrido soltar algo así. Pero era la pura verdad.

–¿Se parece mucho a mí?

–Sí.

–¿En serio? ¿Y su obra es buena?

–La han catalogado de brillante –ella percibió un cierto escepticismo en el rostro de él, y continuó–: sus obras se van a exponer en la galería de arte donde trabajo.

–¿En qué galería? –preguntó él cortésmente.

–A Volonté.

–¿De modo que también es artista?

–Me hubiera gustado –ella negó con la cabeza–. Estudié en la Escuela de Arte, pero, desgraciadamente, no poseo su talento.

–¿Qué hace exactamente en la galería de arte?

–Además de ayudar a vender las obras, las valoro, organizo exposiciones, me ocupo de los catálogos y de cualquier labor de limpieza y de restauración necesaria –al ver la mirada inquisitiva de él, ella aclaró–: Pasé dos años en un museo donde limpiaba y restauraba

cuadros antiguos o dañados. Se me daba bien, y me gustaba mucho.

–Un don muy valioso.

–Eso pensaba también papá.

–Debe de echarle de menos.

–Sí. Muchísimo –ella tragó con dificultad–. Todavía no me he acostumbrado a estar sola… –ella interrumpió su frase. ¿Por qué abría así su corazón a un hombre que ni siquiera conocía?

Pero sí que lo conocía.

Lo conocía desde siempre.

–¿Algún amigo especial?

–No en este momento. Estuve prometida, pero cuando papá empeoró y yo me negué a que se quedara solo por las noches, nuestra relación se resintió, y al final le devolví el anillo.

–Debió de resultarle difícil.

–No tanto –admitió ella–. Tras su marcha, me di cuenta de que, en realidad, no lo amaba.

También se había dado cuenta de que había creído estar enamorada de él porque le recordaba al hombre de su retrato.

–¿Y desde entonces no ha habido nadie más?

Ella negó con la cabeza.

–Pues, por el volumen de su compra, estaba seguro de que iba a alimentar a toda una tropa de pretendientes –el extraño rió.

–Es para la anciana propietaria del edificio que vive en el piso frente al mío –ella se animó con sus bromas–. Está sola y me ha invitado a cenar.

–¿Hay alguna posibilidad de darle plantón? Estaba a punto de invitarte a cenar conmigo.

El corazón de Sophia dio un brinco, y luego se desplomó.

–Lo siento –dijo ella mientras hacía acopio de toda

su fuerza de voluntad–, pero no puedo. Ella espera ansiosa esta velada, y le he prometido cocinar.

–Qué pena.

Él no dijo nada más, y ella se preguntó si se habría arrepentido de su impulsiva invitación.

Pero, de algún modo, ella estaba segura de que no era así.

Giraron al llegar a la plaza, bordeada de árboles, con sus jardines repletos de flores, y se pararon frente al portal número doce.

La luz amarillenta que salía de una ventana, en la planta baja, iluminaba la acera. Pero el piso superior estaba a oscuras. La planta superior era una única vivienda, y sus inquilinos, un matrimonio de abogados, tenían un barco y salían a navegar todos los fines de semana.

Al volver a mirar hacia la ventana iluminada, Sophia percibió que la cortina se movía, y se imaginó que la señora Caldwell les había visto llegar.

–¿Vive por aquí? –preguntó ella mientras buscaba las llaves en el bolso.

–No. Ni siquiera vivo en Londres. Estoy aquí por negocios.

–Vaya –ella sintió hundirse el corazón.

Él sujetó la bolsa con una mano y tomó el manojo de llaves. Acertó a la primera y abrió el portal mientras se hacía a un lado para dejarla pasar.

–¡Ahí estás, querida! –al cruzar el pasillo, la señora Caldwell abrió la puerta–. Empezaba a preguntarme si te habías tenido que quedar a trabajar hasta tarde.

–De hecho me marché antes, pero la compra me llevó bastante tiempo –explicó Sophia.

–Siempre hay jaleo los viernes por la tarde –admitió la señora Caldwell, antes de mirar con mucho interés al atractivo y alto hombre junto a Sophia–. Si tienes otros planes, no me importa.

–No, en absoluto… –dijo Sophia, tras dudar un instante, y consciente de que el extraño de pelo rubio esperaba su respuesta. Sentía su mirada sobre ella y se preguntó si estaría enfadado porque no había aprovechado la oferta de la anciana–. En cuanto me cambie estaré aquí.

–No hay prisa, querida. Mientras vienes, prepararé un par de copas de jerez –sonrió la anciana.

Tras abrir la puerta de Sophia y esperar a que ella encendiera las luces, el extraño la siguió hasta el espacioso salón y la cocina.

–Me sorprende que la cocina sea abierta –dijo él tras dejar la compra sobre el mostrador de la cocina y mientras ella se quitaba el impermeable.

Sus miradas se cruzaron, y ella comprobó que los ojos del extraño, al igual que los del hombre del retrato, eran grises. Eran unos ojos enigmáticos que contrastaban con el cabello rubio.

–Cuando la señora Caldwell transformó la casa en tres apartamentos, se decidió por la amplitud –dijo ella mientras, con esfuerzo, apartaba la mirada.

–Pues acertó –asintió él–. Debe de ser un lugar muy agradable para vivir.

–Siempre me ha gustado –asintió Sophia–. ¿Y usted dónde vive?

–Desde que acabé la universidad, vivo casi todo el tiempo en Nueva York.

–Ah –¿significaba eso que aún vivía en Nueva York? De ser así, se esfumaban casi todas sus posibilidades de conocerle mejor. Desilusionada, respiró hondo e intentó controlar la ansiedad en su voz–. Me preguntaba de dónde era ese acento… no parece americano.

–No lo es –admitió él–. Es una mezcla. Me llevaron a vivir a los Estados Unidos de niño, pero, para cumplir con la tradición familiar, asistí a la universidad en Inglaterra.

–¿De modo que tiene raíces inglesas?

–Por parte de mi padre, pero mi madre es italiana.

Una madre italiana podría explicar el tono oliváceo de su piel, tan distinta de la habitual piel blanca de los rubios… y sin duda explicaba la sutil e intrigante diferencia en su acento.

–Mi madre también lo era –observó ella, no sin cierta emoción al encontrar un punto en común.

–Una curiosa coincidencia –dijo él–. ¿Cómo se llamaba?

–Maria.

Ella esperaba algún comentario más sobre su madre, pero, para su sorpresa, el extraño cambió de tema.

–¿Seguirá viviendo aquí ahora que está sola?

–No lo sé. Tres dormitorios son demasiados para mí. Cuando vivía papá era ideal porque utilizaba el tercer dormitorio, el orientado al norte, como su estudio.

–Eso me recuerda, ¿todavía tiene el retrato del que me ha hablado? ¿El que se parece a mí?

–Sí.

–Me gustaría verlo, si es posible. Ha conseguido despertar mi curiosidad.

–Está colgado en mi dormitorio –explicó ella, turbada.

–Eso no me incomoda –la tranquilizó él burlonamente mientras miraba los preciosos ojos verdes, moteados de oro, de Sophia–, si a usted no le incomoda.

El simple hecho de que colgara de su dormitorio no le incomodaba, pero, sería como desnudar su alma si él se daba cuenta de lo que el retrato le hacía sentir.

–Pero si le incomoda… –él sintió su indecisión.

–No, claro que no. No me incomoda –aseguró ella.

–A lo mejor prefiere enseñarme alguna otra obra de su padre…

–Todas las demás obras están en la exposición –ella negó con la cabeza.

–¿Y por qué no se incluyó la que está en su dormitorio?

–Porque está sin terminar –dijo ella mientras se decidía–. Venga a echarle una ojeada.

Con el corazón acelerado, ella lo guió hasta el dormitorio y le hizo pasar.

El decorado era sencillo y el cuadro colgaba entre las dos ventanas.

El extraño se colocó enfrente y lo contempló en silencio.

La garganta, los anchos hombros y el detalle del cuello de una camisa, no eran más que un boceto. Pero el rostro de bellas facciones y fuertes rasgos, con su espesa cabellera rubia, los ojos de color gris oscuro, la preciosa boca y la barbilla partida, estaba completo.

Mientras su mirada iba del uno al otro, Sophia confirmó la similitud entre ambos y sintió una extraña sacudida en el corazón.

La única diferencia era que el extraño junto a ella tenía el pelo más corto, y sus cejas y pestañas eran algo más oscuras.

Por lo demás, podría haber sido el modelo.

Aunque era imposible que lo fuera.

El cuadro había sido pintado antes de que él naciera, o cuando no era más que un niño.

–¿Y no podría haberse expuesto? –dijo el extraño tras un momento de silencio.

Sí que podría. Lo cierto era que ella no quería compartirlo con nadie más. Hubiera sido como compartir su diario íntimo con otras personas.

–Su padre era un gran artista –añadió él–. Esos ojos están vivos… y tiene razón en cuanto al parecido. Es como si me mirase en un espejo. ¿Cuándo lo pintó?

–No estoy segura. Antes de que yo naciera. Lo conozco de toda la vida.

–¿No tiene ni idea de quién es el modelo?